

EL MODELO CHILENO EN FRANCIA

PARIS.—Unas cincuenta mil personas desfilaron «con calma y dignidad» («Le Figaro», conservador) el miércoles 12 desde el Campo de Marte a los inválidos, para manifestar su solidaridad con la aplastada experiencia chilena. En las capitales de provincias se reunieron miles de personas. Chile es desde la semana pasada el único tema de conversación en talleres, oficinas, sindicatos y estados mayores de los partidos políticos.

No es extraño. La izquierda francesa seguía el «ejemplo chileno»; muchos de los hombres políticos de la oposición (Mitterrand, Defferre, Etienne Fajon, del comité central de PC) habían visitado Chile y se habían entrevistado con Allende; en Francia, en fin, la izquierda, unida con un programa común, tuvo posibilidades de obtener una mayoría parlamentaria en el pasado mes de abril, y sigue teniéndolas en las próximas elecciones presidenciales previstas para 1975, pero que serán, sin duda, adelantadas...

El Partido gubernamental UDR intenta demostrar que este es el fin de toda experiencia que trata de «realizar un maridaje entre el agua y el fuego» (Alain Peyrefitte), aunque le es muy difícil explicar la intervención del ejército, que salvo raras excepciones, como la de Jacques Soustelle, nadie justifica.

La «lección» la da «Le Figaro», al escribir que «la oposición social-comunista, negativa e impotente en el aspecto parlamentario, provoca disturbios sociales, movimientos callejeros y exaspera finalmente a todo un pueblo que se convierte en fácil presa para los que, tanto de derecha como de izquierda, pretenden "poner orden"».

Gaston Defferre, alcalde de Marsella y miembro importante del Partido socialista, declara que «los americanos no aceptaron nunca la política de independencia nacional de Allende. Iniciaron una verdadera guerra económica contra Chile, que se vio virtualmente sitiada. Se bloquearon sus haberes en el extranjero y sus exportaciones. Era necesario, a toda costa, crear dificultades invencibles al gobierno de Allende para obligarle a ceder».

El PCF ha declarado: «Desde hace tres años la reacción chilena, aliada con el imperialismo, no dudó en emplear contra el gobierno democrático (...) los medios más ilegales: la especulación, el sabotaje económico, los atentados terroristas y los asesinatos»; hasta «L'Humanité rouge», que escribe: «El golpe de estado fascista de Chile señala el fracaso de las ilusiones reformistas y legalistas. Muestra, una vez más, que la reacción sólo puede ser vencida por la fuerza de las armas»; pasando por «Rouge», órgano de la ex Liga comunista: «Esta

agresión llega después de varios intentos fallidos, que han demostrado que la burguesía está dispuesta a saltarse sus propias leyes y las ilusiones mantenidas por los dirigentes de la Unión popular cuando su poder está amenazado», y por el PSU (Partido Socialista Unificado), que declaró: «El golpe es la conclusión provisional de un enfrentamiento que preparaba la burguesía chilena desde hace tiempo. La situación, en efecto, era ya intolerable para todos los que, desde siempre, devastan la economía del país en su único beneficio y en colaboración con los "trusts americanos"».

El problema que se plantea en Francia es, pues, saber si tal experiencia puede repetirse aquí. Si, contesta François Mitterrand, que opone la noción de socialismo de penuria al socialismo de abundancia: «Sabemos que nos encontraremos con movimientos hostiles, con la reacción de los grandes monopolios, que practican la ley de la jungla. Sin embargo, disponemos de un armazón sólido, como la existencia de grandes sindicatos, nuestro nivel cultural, la expansión económica, y que podremos atraernos a las clases medias, que estarán reticentes al principio. Creo que una experiencia de izquierda en Francia debe crear una situación menos tensa que en un país en vías de desarrollo. Los años de la finanza son siempre los mismos. Son capaces de todos los crímenes».

«Serán capaces de recurrir a los mismos procedimientos, pero aquí no podrán hacerlo de la misma forma».

Tal es también la argumentación de Georges Marchais, secretario general del Partido comunista. Compara Marchais, además, el golpe de estado de Santiago con el «putsch» de los generales en Argel, en 1958, que llevó a de Gaulle al poder. Marchais recibió una alzada réplica del Primer Ministro, Pierre Messmer.

Se plantea también en la prensa lo que estaba latente en toda la lucha de Allende, drama de una experiencia, de una moral política, de un principio. Escribe «Le Monde»: «¿Se puede instaurar una nueva sociedad respetando la antigua, sus poderes y sus leyes?, ¿se puede moldear el socialismo en el "marco burgués" sin romperlo antes por la fuerza?»...

«Es aún más difícil de creerlo ahora, contesta Pierre Pellissier en «Le Figaro», puesto que parece evidente que un cambio profundo de régimen, de sistema social y económico que no es impuesto, que no tiene sus servidumbres económicas y sus exigencias, es también reversible».

Lo mismo piensa Alain Krivine, líder de la disuelta Liga comunista, que reclama un movimiento de solidaridad internacional con los obreros chilenos «desarmados política y militarmente por su dirección reformista», y piensa que «en las luchas que se avecinan o se desarrollan ya en Francia, hay que plantear el problema del poder, que no se resolverá más que con el derrocamiento del Estado capitalista y la instauración de un gobierno de trabajadores apoyado en sus organizaciones. Reacción o revolución, tal es el dilema, y no hay término medio», concluye. ■ RAMON CHAO.



LA REAL ACADEMIA DEL PIQUETE DE EJECUCION

Una de estas noches de insomnio pensé que, ahora, la democracia cristiana tendría que cambiar de nombre. Aprovecharía sus siglas, como hicieron algunos establecimientos españoles de posguerra; los hoteles "Inglés" o "de Inglaterra" se convirtieron en "Italia" o "Imperio", y así aprovecharían las monogramas grabados en los cubiertos, bordados en las sábanas. Con este sentido del ahorro y la política, la DC chilena podría ahora llamarse Dictadura y Conspiración, por ejemplo, más acorde con su actualidad que la definición anterior. ¿Qué cosas se piensan por la noche! Tienen tal lucidez, tanta lógica, que no sirven al día siguiente, cuando comienza la pesadilla de la vida cotidiana a la luz del sol. ¿Por qué, en realidad, iba a cambiar de nombre la democracia cristiana chilena? Al contrario, ahora que ha creado un contexto no democrático, le interesa más mantener el nombre. Lo que importa es el nombre, no la cosa. La política de las palabras. Veamos el mundo de las palabras en el momento chileno. Un nuevo gobierno se nombra a sí mismo en sustitución de otro que era responsable ante las Cámaras, y disuelve esas Cámaras, que estaban elegidas por votación popular; decide nombrar por sí mismo un Presidente de la República, deponiendo al anterior por medio de bombardeos aéreos y conduciéndole a la muerte; suspende la publicación de todos los periódicos, excepto de dos que le son favorables; ordena que nadie abandone sus puestos de trabajo y comienza a fusilar. Inmediatamente, publica su primera declaración y dice que todas estas medidas las ha tomado para acabar con la ilegitimidad de un gobierno que quebrantaba la libertad de expresión, el derecho de reunión, el de huelga, el de una segura subsistencia; los que han acabado con la Constitución lo hacen diciendo que el gobierno anterior no la respetaba bastante; los que se quejan de que el gobierno anterior dejaba sin efecto las decisiones del Congreso Nacional, lo cierran. Y dicen que el poder ejecutivo anterior se extralimitaba en sus funciones porque acumulaba en sus manos la mayor cantidad de poder po-

lítico, y ellos lo toman absolutamente todo. ¿Por qué, en este contexto, la democracia cristiana iba a cambiar de nombre?

Si, pensé por la noche que lo de Praga había sucedido otra vez, y que otro socialista de la línea de Dubcek caía bajo los tanques. Pensé que los mismos periódicos que todavía hace

unos días recordaban el quinto aniversario de la invasión de Checoslovaquia y ensalzaban a Dubcek, iban ahora a hablar de la primavera de Allende, o del otoño de Chile. Pensé que los que entonces lamentaban la muerte de un socialismo que intentaba una vía nueva, lamentarían ahora de la misma manera la muerte de otro socialismo que intentaba también una vía nueva. No, claro, no ha sido así. La lógica de la luz del día me recordó que las lamentaciones por los regímenes caídos dependen considerablemente del país en el que hayan sido fabricados los tanques que los han derribado. Lo comprobé a la primera lectura. Eran "inmisericordes", como ha dicho en "Ya" Luis Apostúa, inspirado sin duda por los artículos de su compañero de redacción Bartolomé Mostaza. Deben ser de alas distintas.

"Nos queda la palabra", decía un poeta rebelde. Estaba en un error, en un considerable error. En un golpe de estado, en una revolución, la palabra ha de ocuparse al mismo tiempo que el palacio presidencial. Se ocupa el parlamento para que no se parle, para que no se haga uso de la palabra. La palabra es una propiedad privada y la administra el poder; la deja en usufructo de los que no son propietarios a condición de que cambien su uso según las instrucciones que oportunamente se le vayan dando. La palabra democracia ha cambiado de sentido en Chile, y los piquetes de ejecución son los nuevos académicos, que evitarán el mal uso coloquial del vocablo. Se cambian, también, los portadores de la palabra. Ahora tiene más precio la de Soljenitsyn, y ha sido devaluada la de Neruda. Premio Nobel por Premio Nobel: eso es lo que importa. Si llegan a decir las mismas cosas, ya se arreglará el contexto por los dueños de la palabra para que lleguen a decir lo contrario. ■

POZUELO